

Jerry Espinoza Rivera

Freud y el nazismo

Abstract: *This paper pretends to analyze the Sigmund Freud's concern about the consolidation of Nazism in Germany during the 30's. Specially, it analyzes the importance of Freud's Jewish condition in his works, his growing apprehension about the influence of the death drive in the culture and his references to anti-Semitism in *Civilization and Its Discontents*, *Why War?* and *Moses and Monotheism*.*

Key words: *Freud. Psychoanalysis. Nazism. Anti-Semitism.*

Resumen: *Esta ponencia analiza la posición que mantuvo el fundador del psicoanálisis Sigmund Freud frente a la creciente amenaza que significó el surgimiento y la consolidación del nazismo en Alemania durante los años 30. En especial, se analiza la importancia de la condición judía de Freud en su obra, la preocupación cada vez mayor del médico vienés por el lugar de la pulsión de muerte en la formación de la cultura, así como sus referencias al antisemitismo en *El malestar en la cultura*, *¿Por qué la guerra?* y *Moisés y la religión monoteísta*.*

Palabras clave: *Freud. Psicoanálisis. Nazismo Antisemitismo.*

Introducción

Es notable el hecho de que Sigmund Freud haya pasado los últimos diez años de su vida más preocupado por los problemas de la cultura y la sociedad que por los temas exclusivamente clínicos.¹ Las obras que escribe durante este período (1929-1939) nos muestran a un Freud cada vez más alejado del consultorio privado y cada vez más interesado por la antropología, la arqueología, la historia de las religiones y la filosofía.

No es casual que estos sean precisamente los años de la consolidación de Hitler y el nazismo en Alemania, y por lo tanto del resurgimiento del antisemitismo en Europa. Como es de sobra conocido, Freud era judío y, aunque desde muy joven se convirtió en un apasionado ateo, su condición judía marcó toda su obra.

Aunque Freud no hace frecuentes referencias directas a Hitler o al nazismo, sí alude en numerosas ocasiones a la ominosa amenaza de la barbarie y la destrucción que se cierne sobre la cultura y la civilización como consecuencia de la exacerbación de la pulsión de muerte. Al final de su vida, en *Moisés y la religión monoteísta*, también muestra su preocupación por el resurgimiento del antisemitismo.

Freud y la cuestión judía

A pesar de su temprano abandono y rechazo de la religión de sus padres y su adhesión al ateísmo y al materialismo, la condición judía de Freud fue, durante toda su vida, un factor determinante en toda su obra. Marthe Robert señala que el mismo Freud reconocía la influencia que ejercía su condición de judío en el “carácter rebelde” de su doctrina:

(Freud) está convencido de que su condición de judío le ha ayudado poderosamente en su combate contra prevenciones de la mayoría, y que si ha podido al fin hacer triunfar su “parte de verdad”, es porque tenía en cierto modo por nacimiento el valor de la rebeldía” (Robert, 1976, 6).

La discriminación y el antisemitismo tampoco fueron desconocidos para Freud, quien, desde muy joven, se había mudado desde su natal Moravia a Viena, que en ese momento era la capital multicultural del Imperio Austro-Húngaro.

Como señalan Gay (1988) y Hamann (1999), entre otros, a pesar de vivir en condiciones de relativa ventaja en comparación con sus allegados que habitaban en otras regiones más alejadas, donde frecuentemente eran víctimas de persecuciones y pogroms, la pequeña y pujante minoría judía de Viena vivía acosada y sometida a frecuentes ataques y críticas desde la prensa escrita ligada a la derecha conservadora y a los grupos ultra-nacionalistas alemanes, algunos de los cuales abiertamente defendían la segregación y la expulsión de los judíos.²

La pulsión de muerte y el (incierto) futuro de la civilización

El concepto freudiano de pulsión de muerte aparece por primera vez en su obra *Más allá del principio del placer*, publicada en 1920.³ En esta obra, Freud plantea una revisión radical de su doctrina de las pulsiones a partir de su experiencia clínica.

Originariamente, Freud había propuesto que en el inconsciente existía una pugna entre las

pulsiones eróticas y las de autoconservación. Sin embargo, a partir de *Más allá del principio del placer* Freud afirma que existen ciertos fenómenos observables en la clínica psicoanalítica de las neurosis que son imposibles de explicar desde esta teoría y reconoce la existencia en todos los seres humanos de un impulso innato hacia la destrucción y la muerte.

Para Freud el viraje teórico en su doctrina se debía entonces a razones exclusivamente empíricas. Sin embargo, en este cambio parece haber influido la crudeza de la I Guerra Mundial, acontecimiento que marcó profundamente a Freud. Según Gay (1988), ya en 1915, Freud se cuestiona la validez de sus creencias acerca de la naturaleza humana a partir del repentino estallido de crueldad y brutalidad provocado por la guerra:

The great slaughter of 1914 to 1918, with stark truths about savagery revealed in combat and in bellicose editorials, had also forced Freud to assign enhanced stature to aggression. Lecturing at the University of Vienna in the winter semester of 1915, he had asked his auditors to think of the brutality, cruelty, and mendacity now spreading across the civilized world and to admit that evil cannot be excluded from basic human nature (Gay, 1988, 395).⁴

En *El malestar en la cultura*, obra publicada en 1929, Freud aplica esta nueva doctrina al problema del futuro de la cultura y la civilización.

En esta obra, Freud plantea una postura fuertemente escéptica sobre el posible futuro de la civilización humana. Entre otras cosas, afirma que lo único a lo que pueden aspirar los seres humanos es a la disminución del dolor, pues la felicidad como estado de plenitud es una ilusión inalcanzable (Freud, 1998, XXI, 76-77).

El pesimismo freudiano se extiende a la crítica de la religión. Freud se lamenta de cómo, a pesar de su evidente irracionalidad, el hombre común insiste en aferrarse al infantilismo psíquico de la religión: “Todo esto es tan evidentemente infantil, tan ajeno a toda realidad efectiva, que quien profese un credo humanista se dolerá pensando en que la gran mayoría de los mortales nunca podrán elevarse por encima de esa concepción de la vida” (Freud, 1998, XXI, 74).

En *El malestar en la cultura*, Freud afirma que la supervivencia de la civilización depende del equilibrio existente entre las pulsiones de vida (Eros) que luchan por la conservación y las pulsiones de muerte (Tánatos) que luchan por su destrucción. En esta lucha, según Freud, no existe nada que asegure el triunfo de Eros sobre Tánatos. Por el contrario, Freud advierte que entre mayores son las exigencias culturales mayor es el grado de represión pulsional que esa cultura exige a sus miembros y, por lo tanto, mayor es la infelicidad que les produce (Freud, 1998, XXI, 96).

Freud es igualmente escéptico frente a la pretensión de los reformadores sociales de eliminar los impulsos agresivos de los seres humanos por medio de experimentos sociales y transformaciones colectivas. Para Freud el intento de los comunistas de transformar la naturaleza humana eliminando la propiedad privada y la desigualdad se sostendría sobre una “vana ilusión”:

No es de mi incumbencia la crítica económica al sistema comunista; no puedo indagar si la abolición de la propiedad privada es oportuna y ventajosa. Pero puedo discernir su premisa psicológica como una vana ilusión. Si se cancela la propiedad privada, se sustrae al humano gusto por la agresión uno de sus instrumentos; poderoso sin duda, pero no el más poderoso (Freud, 1998, XXI, 110).

En el párrafo final de *El malestar en la cultura*, Freud advierte que el futuro de la civilización dependerá de la capacidad de las pulsiones de vida (Eros) de triunfar sobre las pulsiones que pugnan por su destrucción:

Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resultará fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre. Ellos lo saben; de ahí buena parte de la inquietud contemporánea, de su infelicidad, de su talante angustiado. Y ahora cabe esperar que el otro de los dos “poderes celestiales”, el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace? (Freud, 1998, XXI, 140).

La frase final de esta obra fue, según Gay, agregada por Freud en 1931, poco antes de la publicación de la segunda edición, como reacción ante la crisis económica y el avance del nazismo en Alemania:

When the heavy sale of the book permitted a second edition, to be published in 1931, he took the occasion to add a portentous question. Chastened further by the darkening economic and political scene —Hitler's Nazi Party had just won a stunning victory in the elections to the Reichstag in September 1930, increasing the number of its deputies from 12 to 107 (5)— he asked, “But who can foresee the prospects and the outcome?” Freud did not fully anticipate what was to come, but he had few illusions (Gay, 1988, 553).

En *¿Por qué la guerra?*, texto escrito en 1932 como respuesta a una carta de Einstein, Freud reafirma las tesis planteadas en *El malestar en la cultura*. Contradiendo el optimismo pacifista de Einstein, Freud es escéptico frente la posibilidad de imaginar un mundo sin guerras en el que los conflictos se pudieran resolver exclusivamente por medios pacíficos.

El escepticismo de Freud se fundamenta en su doctrina de las pulsiones:

Suponemos que las pulsiones del ser humano, son sólo de dos clases: aquellas que quieren conservar y reunir —las llamamos eróticas, exactamente en el sentido de Eros en *El banquete* de Platón, o sexuales, con una conciente ampliación del concepto popular de sexualidad—, y otras que quieren destruir y matar; a estas últimas las reunimos bajo el título de pulsión de agresión o de destrucción. (...) Cada una de estas pulsiones es tan indispensable como la otra; de las acciones conjugadas y contrarias de ambas surgen los fenómenos de la vida (Freud, 1998, XXII, 192-193).

De ahí Freud concluye que es inútil e ilusorio pretender eliminar por completo las tendencias agresivas existentes en los seres humanos: “extraemos esta conclusión para nuestros fines

inmediatos: no ofrece perspectiva ninguna pre-tender el desarraigo de las inclinaciones agresivas de los hombres” (Freud, 1998, XXII, 195).

A pesar de todo, en *¿Por qué la guerra?* Freud es más optimista, pues deja al final un espacio a la esperanza y vislumbra una posibilidad de terminar las guerras. Si queremos combatir la guerra, le escribe a Einstein, lo que debemos hacer es reforzar los vínculos afectivos y de identificación que unen a los hombres:

Si la aquiescencia a la guerra es un desborde de la pulsión de destrucción, lo natural será apelar a su contraria, el Eros. Todo cuanto establezca ligazones de sentimiento entre los hombres no podrá menos que ejercer un efecto contrario a la guerra. Tales ligazones pueden ser de dos clases: En primer lugar, vínculos como los que se tienen con un objeto de amor, aunque sin metas sexuales. (...) La otra clase de ligazón de sentimiento es la que se produce por identificación. Todo lo que establezca sustantivas relaciones de comunidad entre los hombres provocará esos sentimientos comunes, esas identificaciones (Freud, 1998, XXII, 195).

El narcisismo antisemita y el “politeísmo bárbaro” de los nazis

Moisés y la religión monoteísta es una de las últimas obras escritas por Freud. Esta obra fue escrita entre 1934 y 1938, período que, como señala Kershaw (2000), fue la época de mayor auge del antisemitismo en Alemania, doctrina que incluso llega a convertirse en política oficial del Estado alemán tras la aprobación de las leyes de Nuremberg en 1935 (Kershaw, 2000, 546-561).

Como señalan Hamman (1999) y Kershaw (2000), los nazis explotaron astutamente el ancestral antisemitismo europeo culpando a los judíos tanto de la usura capitalista como del bolchevismo marxista, los dos fantasmas más odiados y temidos en el imaginario social de la Europa de los años 30.

Es comprensible entonces que uno de los temas que le preocupaba más a Freud en esta época era el origen y las causas del antisemitismo.

Esta inquietud aparece claramente reflejada en gran parte de *Moisés y la religión monoteísta*.

En *Moisés y la religión monoteísta*, Freud proponía una sorprendente hipótesis: Moisés, el fundador del judaísmo, era un egipcio convertido al monoteísmo y al culto del dios egipcio Atón que había sido asesinado por los propios judíos. Este hecho habría sido ocultado, y su recuerdo convenientemente “olvidado” por las generaciones posteriores, quienes convirtieron su figura en la de su gran caudillo y libertador.

Así como en *Tótem y tabú* Freud planteaba que el recuerdo del padre de la horda primitiva había perdurado después del parricidio (Freud, 1998, XIII, 143), en *Moisés y la religión monoteísta* Freud afirmaba que el asesinato de Moisés tampoco había significado el fin de la doctrina monoteísta. Por el contrario, este suceso más bien habría reforzado enormemente el recuerdo del padre asesinado y los sentimientos reprimidos ligados a éste. El establecimiento de la versión definitiva de la religión judía había significado el triunfo definitivo del recuerdo del padre asesinado y del retorno de lo reprimido.

Sin embargo, el judaísmo parecía destinado a mantenerse como la creencia de un pequeño y narcisista grupo, hasta la aparición del cristianismo. Freud cree que el verdadero creador del cristianismo no fue Cristo sino San Pablo, quien introdujo la idea de la existencia de un supuesto “pecado original” universal por el cual el hijo de Dios encarnado en hombre dio la vida para redimir al mundo.

Freud interpreta que este pecado original sería el recuerdo inconsciente del asesinato del padre redimido por la muerte de Cristo: “En realidad, ese crimen merecedor de la muerte había sido el asesinato del padre primordial después endiosado” (Freud, 1998, XXIII, 83).

El sacrificio debía recaer sobre el hijo de Dios porque éste representaba simbólicamente al líder de los hermanos que asesinaron al padre: “Si no existió tal caudillo, Cristo es el heredero de una fantasía de deseo incumplida; si existió, es su sucesor y su reencarnación” (Freud, 1998, XXIII, 84).

El hijo de Dios no sólo debía ser castigado sino incluso morir y sacrificarse a sí mismo para

redimir a la humanidad del sentimiento de culpa por el crimen cometido.

En *Moisés y la religión monoteísta*, Freud se cuestiona si una de las causas del recurrente resurgimiento del antisemitismo en Europa no será precisamente el reproche cristiano a los judíos de negar el asesinato del padre:

El pobre pueblo judío, que con una obstinación consuetudinaria siguió desmintiendo el asesinato del padre, lo pagó con dura penitencia en el curso de las épocas. Una y otra vez se le reprochó: "Habéis muerto a nuestro Dios". Y este reproche es verdadero si se lo traduce correctamente. Reza, en efecto, referido a la historia de las religiones: "No queréis *admitir* haber dado muerte a vuestro Dios (la imagen primordial de Dios, el padre primordial, y sus posteriores reencarnaciones)". Un agregado debiera enunciar: "Nosotros, en cambio, hemos hecho lo mismo, pero lo hemos *confesado*, y desde entonces quedamos sin pecado" (Freud, 1998, XXIII, 89-87).

Sin embargo, Freud subraya que un fenómeno tan intenso y desproporcionado como el antisemitismo debe de tener también otras causas: "No todos los reproches con que el antisemitismo persigue a los descendientes del pueblo judío pueden invocar parecida justificación. Un fenómeno de la intensidad y permanencia del odio de los pueblos al judío debe de tener, desde luego, más de un fundamento" (Freud, 1998, XXIII, 87).

Entre ellas señala el "narcisismo de las pequeñas diferencias": "la intolerancia de las masas se exterioriza con más intensidad frente a diferencias pequeñas que frente a diferencias fundamentales" (Freud, 1998, XXIII: 87), y los celos inconscientes que los no-judíos sentirían frente un pueblo que se llama a sí mismo el "hijo predilecto de Dios": "todavía hoy los otros pueblos no han superado los celos frente a aquel que se presentó como el hijo primogénito y predilecto de Dios Padre" (Freud, 1998, XXIII, 88).

Por último, pero no menos importante, Freud propone que una de las principales causas del antisemitismo, y la más reciente, sería el odio reprimido de algunos pueblos al propio cristianismo:

uno no debería olvidar que todos estos pueblos que hoy se precian de odiar a los judíos sólo se hicieron cristianos tardíamente en la historia, a menudo forzados a ello por una sangrienta compulsión. Uno podría decir que todos son "falsos conversos", y bajo un delgado barniz de cristianismo han seguido siendo lo que sus antepasados eran, esos antepasados suyos que rendían tributo a un politeísmo bárbaro. No han superado su inquina contra la religión nueva que les fue impuesta, pero la desplazaron a la fuente desde la cual el cristianismo llegó a ellos (...) Su odio a los judíos es, en el fondo, odio a los cristianos (Freud, 1998, XXIII, 88).

En una de las escasas referencias freudianas directas al nazismo, Freud señala que este fenómeno aparece claramente en la hostilidad que muestran los nazis hacia ambas religiones: "no cabe asombrarse, pues, si en la revolución nacional-socialista alemana este íntimo vínculo entre las dos religiones monoteístas halla nítida expresión en el hostil tratamiento dispensado a ambas" (Freud, 1998, XXIII, 88).

Irónicamente, poco después de que Freud termina de escribir esta obra las tropas hitlerianas invaden Austria y ocupan Viena, obligándolo a exiliarse en Inglaterra.

Conclusiones

Aun cuando se identificaba con los ideales de la Ilustración, Freud desconfió a lo largo de toda su vida de las ideologías políticas. Consideraba, por ejemplo, al comunismo como una doctrina excesivamente optimista en su pretensión de transformar la naturaleza humana.

Sin embargo, el auge del nazismo y del antisemitismo lo obligaron a cambiar de posición y a interesarse más por los problemas políticos. A diferencia del comunismo, el nazismo no se sostenía sobre una "vana ilusión" sino sobre la abierta reivindicación de los impulsos más oscuros y siniestros de la naturaleza humana y representaba una amenaza directa hacia aquellos con los que compartía su identidad cultural, aunque no su religión.

Por esta razón, durante sus últimos años de vida Freud abandona por momentos su “neutralidad” y abiertamente advierte sobre el inminente peligro que se cierne sobre los fundamentos mismos de la civilización.

Por otro lado, el auge del nazismo reafirma en Freud su pesimismo frente al futuro de la civilización. El hecho de que Hitler hubiera llegado al poder por medios democráticos y gracias al voto de seis millones y medio de alemanes le reafirma su sospecha de que la mayoría de los seres humanos eran incapaces de logros superiores estaban condenados a vivir en la miseria psíquica y en la ignorancia y el infantilismo psíquico religioso.

Para finalizar, podemos decir que, aunque los eventos históricos no expliquen en su totalidad la obra de un autor, es claro que lo condicionan. El nazismo y el antisemitismo, aunque no convirtieron a Freud en un “escritor comprometido”, lo enfrentaron a una realidad dolorosa, precaria y amenazante, la cual, indudablemente influyó en sus últimas obras.

Notas

1. Sin embargo, este interés de Freud por los temas antropológicos se remontó a muchos años atrás. Tubert (1999), citando la biografía de Ernest Jones, señala que ya en 1910 Freud estaba interesado en el estudio de los orígenes de la cultura y la civilización: “afirmaba que le agradaría poder retirarse de la práctica médica para dedicarse a la tarea de descifrar los problemas de la cultura y de la historia; en última instancia, el gran problema de cómo el ser humano ha llegado a ser lo que es” (Tubert. 1999, 31-32).
2. Como señala Hamann (1999), la propaganda antisemita en Viena fue el “caldo de cultivo” en el que el joven Hitler aprendió sus primeras ideas sobre los judíos: “There can be no doubt that while in Vienna, young Hitler studied anti-Semitism, among other matters. The four politicians who may be called his political models —Schönerer, Lueger, Wolf, and Stein— were radical anti-Semites. Many newspapers which Hitler read in Vienna, and many pamphlets he perused for

his self-education, were anti-Semitic” (Hamann, 1999, 347).

3. Ya en 1905, en los *Tres ensayos de una teoría sexual*, Freud diferenció claramente en su doctrina el concepto de pulsión (*Trieb*) del de instinto (*Instinkt*). Mientras que el instinto se limitaba al comportamiento biológico la pulsión trascendía lo biológico, es “un concepto límite entre lo psíquico y lo somático” (Laplanche y Pontalis, 1981, 326).
4. Paul-Laurent Assoun afirma que Freud toma el concepto de pulsión de muerte de la filosofía de Schopenhauer (Assoun, 1982, 207-214).
5. Kershaw se refiere a lo que sucedió ese día en Alemania como “un terremoto político”: “El NSDAP, en el resultado más notable de la historia parlamentaria alemana, pasó de golpe de los doce escaños y un simple 2,6 por 100 de los votos en las elecciones al Reichstag de 1928, a 197 escaños y el 18,3 por 100 de los votos, convirtiéndose en el segundo partido del Reichstag. Casi seis millones y medio de alemanes votaban ya por el partido de Hitler, ocho veces más que dos años antes” (Kershaw, 2000, 335).

Bibliografía

- Assoun, P. L. (1982) *Freud, la filosofía y los filósofos* (traducción de Alberto Luis Bixio). Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1998) *Obras completas* (traducción de José Luis Etcheverry). Buenos Aires: Amorrortu.
- Gay, P. (1988). *Freud. A life for our time*. New York: Norton & Company.
- Hamann, B. (1999) *Hitler's Vienna. A dictator's apprenticeship* (translated by Thomas Thornton). New York: Oxford University Press.
- Kershaw, I. (2000) *Hitler. 1889-1936* (traducción de José Manuel Álvarez Flórez). Barcelona: Península.
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1981) *Diccionario de psicoanálisis* (traducción de Fernando Angulo García). Barcelona: Labor.
- Robert, M. (1976) *Freud y la conciencia judía. De Edipo a Moisés* (traducción de Concha San Valerio). Barcelona: Península.
- Tubert, S. (1999) *Malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo*. Madrid: Biblioteca Nueva.